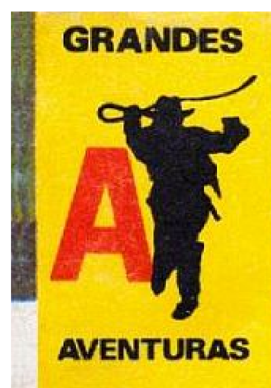




AYER, HOY Y MAÑANA

No quería ir a Nueva Zelanda, pero tenía que hacerlo.

Se me había concedido un plazo de doce horas para abandonar Australia y la alternativa —como casi siempre— era conocer a fondo las delicias e interioridades de las cárceles autóctonas.

Estaba en el aeropuerto de Sidney y, en teoría, nada me impedía tomar un avión a las Seychelles, Hawai, o el Kurdistán. La teoría es maravillosa. La práctica un poco más cruda y el dinero en mis bolsillos, escaso. Apenas alcanzaba, y justo, para el peor y más barato vuelo: un Charter con destino a Auckland, Nueva Zelanda.

Y yo estaba cansado, muy cansado. Y llevaba mucho tiempo dando tumbos de un lado a otro.



Indiana James

Ayer, hoy y mañana

Bolsilibros - Indiana James - 11

ePub r1.0
LDS 19.04.18

Título original: *Ayer, hoy y mañana*
Indiana James, 1985
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

CAPÍTULO PRIMERO

No quería ir a Nueva Zelanda, pero tenía que hacerlo.

Se me había concedido un plazo de doce horas para abandonar Australia y la alternativa —como casi siempre— era conocer a fondo las delicias e interioridades de las cárceles autóctonas.

Estaba en el aeropuerto de Sidney y, en teoría, nada me impedía tomar un avión a las Seychelles, Hawai, o el Kurdistán. La teoría es maravillosa. La práctica un poco más cruda y el dinero en mis bolsillos, escaso. Apenas alcanzaba, y justo, para el peor y más barato vuelo: un Charter con destino a Auckland, Nueva Zelanda.

Y yo estaba cansado, muy cansado. Y llevaba mucho tiempo dando tumbos de un lado a otro.

Y tozudamente metido en líos, a cuál más descabellado. Y en países inhóspitos, situados en el culo metafórico del mundo.

Necesitaba un respiro. Y si la gente corriente piensa en lugares más o menos exóticos a la hora de planear sus vacaciones, yo soñaba con todo lo contrario. Me moría de panas de volver a Nueva York, con sus archiconocidos rascacielos, sus sobadas callejuelas, su aburrida monotonía… ¡delicioso! Claro que, como mal menor, me conformaba con Londres. Mary-Lou Foxworth me dejaría descansar a cuerpo de rey, en cualquiera de sus vetustas mansiones: dormir mucho, desayunar en la cama, leer el periódico, vagar en zapatillas, acudir a un cine… ¡qué maravillosamente rutinario!

La lista de tarifas aéreas y mi desnutrida cartera me devolvieron a la realidad. Tendría que resignarme y volar a Nueva Zelanda, buscar un trabajo honrado —quizá cuidar cabras, tal vez brujo indígena—, ahorrar y, con un poco de suerte, en 300 o 400 años, conseguiría la cantidad necesaria para acercarme un poco más a la civilización.

Una perspectiva absolutamente deprimente. Y me deprimí, claro. Necesitaba urgentemente una copa, algo fuerte que imprimiera nuevo vigor a mis venas. Un par de copas, una carrerilla por la pista del aeropuerto y no necesitaría avión para volver.

Me acerqué al bar, consulté la nota de precios y tardé una fracción de segundo en convertirme en un perfecto «punk». Los pelos se me pusieron de punta. Un par de copas y ni siquiera podría llenar a Auckland, a no ser como polizón. Se imponía una campaña de ahorro y decidí empezarla en aquel mismo instante. De todas formas, mi vuelo tardaría unas seis horas en partir y tenía tiempo más que sobrado para buscar un establecimiento más económico. Cerca de los aeropuertos siempre hay algún tugurio donde pueden acudir los desarrapados e Indiana James. Así no hieren, con su presencia, la delicada sensibilidad de los que sí pueden permitirse pagar precios abusivos.

Una caminata de tres millas y media por la carretera general, me dejó en lo que parecía un destartalado, mugriento y sucio bar de camioneros. Absorbí un poco de aire puro —por lo que pudiera pasar—, hinché el pecho, compuse cara de hombre duro y entré en el establecimiento.

Y me topé de narices con Burton Miles.

* * *

A Miles le había conocido tiempo atrás, en un petrolero. Era el oficial de máquinas y una de mis víctimas favoritas en las timbas de *póker* que organizábamos por las noches. La otra opción era contemplar el bello paisaje marino, pero después de varios días de «bello paisaje marino», eterno e inmutable, te daban ganas de aullar a la luna.

—¡Indy, por todos los diablos! —me saludó como si fuera el mejor amigo del mundo—. ¿Te acuerdas de lo bien que lo pasamos en el Ballena Negra…? ¡Ja, ja, ja!

Cualquiera hubiera dicho que le encantaba ser desplumado hasta de sus dientes de oro. En fin, masoquistas los hay en todas partes.

—¡Todavía se comenta cómo le rompiste todos los huesos a aquella bestia parda de Kurt Olsson, por acusarte de hacer trampas…! ¡Chico, fue una pelea fantástica!

Sí, fantástica. Sólo de recordarla, mi cráneo bailaba alegremente

una rumba.

—¿A qué te dedicas ahora?

—Estoy esperando la salida de mí avión. Entendió mal.

—¡Ah! ¿Trabajas de piloto?

—Bueno… euh… más o menos… —dije para zanjar el asunto y no verme implicado en rocambolescas explicaciones que no conducirían a ninguna parte.

—Perdone, ¿podríamos hablar un momento con usted? —Sonó de inmediato, una voz a mis espaldas.

Me volví y vi a una pareja de veintipocos años con la mirada clavada ansiosamente en mí. Para no ser menos, clavé la mía en ellos. Sobre todo en la chica. Estaba de infarto.

—No hemos podido evitar oírles…

—Es difícil cuando se tiene la oreja pegada —le corté sin miramientos. No me gustan los chismosos.

—Precisamente, necesitamos un piloto —prosiguió, impertérrito —. ¿Puede pilotar una avioneta Cessna, modelo de 1959?

—Podría —contesté sin mentir— pero no me interesa. Lo siento, chicos…

Con una Cessna del 59, debía tratarse de un vuelo interior. Tal vez Canberra. Eso me dejaría en Australia y con el plazo de doce horas expirado. O sea, en la cárcel de Canberra.

—Le pagaríamos 200 dólares americanos —dijo la chica.

—Lo siento, es imposible. Ya tengo un compromiso.

—Trescientos dólares. No tenemos más… ¡Por favor!

—Ya les he dicho que no. No insistan.

Se batieron en retirada hacia una de las mesas, completamente desolados. Me pregunté en qué clase de lío estarían metidos para andar tan desesperados. Incluso tuve la tentación de preguntárselo a ellos, directamente, pero Burton Miles acudió en mi ayuda:

—Por cierto, aún estoy esperando que me concedas la revancha al *póker*… El cielo se abrió ante mí.

—Bueeeeno, tengo un par de horas o tres…

Minutos después, estábamos en la trastienda compartiendo mesa con el dueño del bar, dispuesto a no apostar más de los 200 dólares que me sobrarían tías adquirir el pasaje a Auckland.

Y empecé ganando.

Al cabo de dos manos, un *full* y un farol, ya tenía lo suficiente

como para llegar hasta Bangkok. Con un simple trío de ochos, progresé hasta Bombay. Un pequeño error de cálculo y tuve que cambiar el avión por un barco, pero seguía avanzando.

Avancé y retrocedí cortas escalas durante las cuatro manos siguientes, pero, a la octava, con un trío de ases y mis contrincantes empeñados en igualar mis apuestas, gané lo suficiente como para cambiar de continente y plantarme en Roma. Un empujoncito más y Picadilly Circus me recibiría con los brazos abiertos.

Entonces, en el momento culminante, ligué un *póker* de dieces, tras un descarte de cuatro cartas. No sólo tenía el cielo abierto, sino que un coro de ángeles me jaleaba como cualquier coro de animadoras de la universidad. Iba de mano y empecé a subir las apuestas. Burton se retiró, pero el dueño del bar aceptó el reto.

Sabía que no podía tener *póker* de reyes, o de jotas, porque me había venido una de cada al repartir. Y un *póker* de ases era demasiado descarado.

Empujé todo mi capital al centro de la mesa.

—Voy —dijo el dueño del bar, imperturbable.

—Veo.

Y lo vi… ¡vaya si lo vi!

Efectivamente, no tenía *póker* de ases. Pero sí de damas.

Lo que ya no pude ver, fue mi dinero. Cuando me di cuenta, ya había desaparecido en los bolsillos de mi rival. Después, me vi de inquilino en una de las cárceles locales.

—Lo siento, amigo —sonrió el tipo—. Me temo que le he dejado limpio…

—¡Oh, no importa! —respondí, enarbolando la sonrisa del millonario que ha cedido la calderilla de su bolsillo para cualquier tómbola benéfica pro-Reagan—. Son cosas del juego…

* * *

Salí al bar, abrumado por la voz de mi conciencia, que me reprochaba todas las estupideces que le suele reprochar a uno la conciencia en estos casos. Ahora sí que estaba metido en un lío. ¿Qué se suponía que debía hacer…? ¿Ir al puerto y enrolarme en un barco, o atar su ancla en mi cuello y servir de cena a los peces?

Los dos jóvenes de la Cessna seguían en su mesa. El, mirando un mapa que tenía desplegado, como quien contempla su certificado de

defunción; ella, paseando la vista por los parroquianos, esperando descubrir un arrojado e intrépido piloto.

Decidí probar.

—Ese vuelo que me proponíais, ¿qué destino tenía…? ¿Canberra? ¿Melbourne?

Los dos alzaron de inmediato la mirada, sonrientes, muriéndonse de ganas de caerme simpáticos. Ella no tenía que esforzarse mucho. El no lo conseguiría jamás.

—No. Vamos más lejos —explicó la chica—. Tenemos un depósito suplementario de gasolina. Tenemos que llegar a Auckland, Nueva Zelandia…

—Nueva Zelanda… —corrigió de inmediato el muchacho, fulminándola con la mirada—. Es Nueva Zelanda, te lo he dicho mil veces.

—Bueno, bueno… ¡no es para tanto! —intercedí—. Y si queréis que os diga la verdad, me muero de ganas por conocer ese exótico país. ¿Sigue en pie vuestra oferta?

—¡Desde luego! —gritaron al unísono, alborozados.

«Vuelves a tener la suerte de cara, Indy», pensé. Había conseguido salir del lío…

… para meterme en otro, mucho peor. Como de costumbre.

CAPÍTULO II

Aquella extraña pareja cerró el trato invitándome a comer.

Y no digo «extraña», porque sea uno de esos paranoicos, incapaces de soportar que alguien se suene las narices con los dedos encima de la sopa, no. He visto cosas peores que ésa. Había algo que no encajaba.

Por ejemplo, la evidente torpeza con que manejaban los cubiertos, contrastada con un innegable talento de personas cultas. Por ejemplo, sus ropas deportivas, impecables, recién estrenadas, pero evidentemente pasadas de moda. Por ejemplo, su inglés perfecto, intachable… y falto de cualquier acento distinguible.

Decían ser neozelandeses. Yo podía creérmelo. Pero, ni ellos eran lo que decían, ni yo me lo creía.

Empecé un sutil interrogatorio:

—Creo que no estaría de más, saber el nombre de mis patrones…

—John Smith —dijo el chico, tendiéndome la mano por encima de la mesa.

—Y yo, Mary —apostilló ella.

—¡Ah, ya! —ironicé—. Mary Brown, supongo…

Me miró con una sonrisa descarada, pero desarmante. Tenía la boca grande y alegre, una nariz perfecta, el pelo castaño y unos enormes y preciosos ojos del mismo color.

—Smith —apuntó—. Mary Smith. John y yo somos primos.

Y eso, sí parecía ser verdad. El chico era la réplica musculosa y varonil, pero igualmente atractiva, de la otra.

—Y tú, ¿cómo te llamas? —añadió Mary unos segundos después, colorada, como si se hubiera olvidado de desplegar su exquisita cortesía.

—Indiana. Pero podéis llamarme Indy. Abrieron los ojos como lunas.

—*¿¡Indiana Jones*!?

—No, Indiana *Smith* —mentí, devolviéndoles la pelota—. Quizá seamos parientes lejanos.

Del vuelo no había mucho que contar. O, por lo menos, no parecían muy dispuestos a hacerlo. Una supuesta granja en Nueva Zelanda y la necesidad de una avioneta que habían, venido a comprar a Australia. La tenían en un aeródromo a unas ochenta millas al norte de Sidney. La habían equipado con depósitos adicionales de gasolina, adosados a las alas, para poder atravesar el mar de Tasmán. Antes de lanzarse en brazos de la desesperación y míos, habían contratado otro piloto, pero, al parecer se les había rajado en el último momento. El aeropuerto de Sidney no había provisto sustituto y lo habían dado todo por perdido cuando aparecí yo.

Si de algo no tenían pinta, desde luego, era de granjeros. Pero, por mí, podían ser Romeo y Julieta redivivos. Les llevaría a Nueva Zelanda, cobraría lo prometido y en paz.

El aeródromo resultó ser una base militar abandonada, con un hangar casi en ruinas. Ni torre de control, ni aduanas, ni siquiera un conejo en varias millas a la redonda. Y quien conozca Australia, sabrá que esto último es más difícil que toparse con un inspector de hacienda amable. En cambio, la Cessna, relucía en el hangar como recién salida de fábrica.

Metieron un par de maletas y un tubo cilíndrico —de esos que suelen usar los arquitectos— en el interior del aparato, y se giraron hacia mí:

—Bueno, cuando quieras.

—Un momento, un momento… —protesté yo—. ¿Significa ese que vamos a volar clandestinamente, sin permiso de vuelo, ni hoja de ruta, ni nada de nada?

—Tenemos el avión… —respondió John, perplejo, señalándome el aparato, como si yo hubiera hablado en chino.

—¡Muy observador, el chico! —mascullé—. ¿Qué pasa? ¿Lleváis droga en la avioneta?

—Millares de kilos —contestó Mary—. A las cabras de Nueva Zelanda les encanta, es muy buen mercado. ¡Y nos pagan en leche!

De acuerdo, todos podemos ser graciosos, pero me sentó mal. Igual que cuando insistió:

—¿Quieres los 300 dólares o no?

Me rendí. No estaba en condiciones de ponerme quisquilloso. No sé cuáles serían sus motivos para querer largarse tan rápidamente del país, pero a mí me urgía tanto como a ellos.

—Está bien —suspiré—. Nos vamos.

Volamos bajo, por los radares, hasta alcanzar aguas internacionales. Después, cruzamos una buena parte del océano Pacífico sin ningún incidente.

Los problemas empezaron cuando llegábamos a las costas de Nueva Zelanda y yo empezaba a cantar victoria. Sobrevolábamos los Alpes Neozelandeses, la cordillera que sigue el perímetro de las dos islas que conforman el país, como una fortificación inexpugnable.

Entonces, vi algo que se movía a mucha velocidad, a la derecha de la avioneta.

Giré el cuello para fijarme con más atención y sentí que se me quedaba rígido, como el corsé de mi abuelita.

—¡Mierda! —Se me escapó.

Aquel objeto era una esfera lisa de color anaranjado, luminoso, brillante. Su tamaño no superaría al de una pelota de baloncesto. Y volaba.

Parpadeé incrédulo. La palabra «Ovni» se encendió como un cartel luminoso, allí donde se supone que tengo el cerebro.

—¡Mi… mirad eso! —grité. Y, mientras hablaba, varias esferas similares se unieron a la primera, empezando a danzar alrededor de la avioneta.

Mis dos pasajeros se precipitaron al cristal delantera. Ninguno de los dos —de los tres— dijo una sola palabra. Pero me pareció que la pareja intercambiaba una mirada de inteligencia, como si supiera *exactamente* de qué se trataba.

Entretanto, las esferas, en número que ya debía superar la cincuentena, se alejaban ligeramente del avión, agrupándose como si fueran un rebaño de ovejas voladoras, formando una masa a la izquierda de la Cessna y unos 100 metros por debajo de ésta.

Traté de virar a la derecha, pero los mandos no me obedecieron. El morro de la avioneta se orientó hacia la izquierda como si de una

mula vieja ve tratara y se inclinó hacia abajo.

—¡Oh, mierda! —repetí—. ¡Esas cosas nos están atrayendo! Pero la parejita feliz no me hacía el menor caso.

Habían vuelto atrás y, cuando les miré, se acentuó mi sensación de irrealidad: John y Mary Smith se estaban colocando, como si de simples mochilas se tratasen, dos extraños aparatos a la espalda.

Parpadeé de nuevo, empezando a coger complejo de loro, hasta que John abrió la puerta y comprendí que se disponía a saltar.

—¿Qué vais a hacer? ¿Estáis locos? —aullé, por encima del rugido del viento penetrando en el fuselaje.

Hubiera tenido más éxito intentando conversar de filosofía con un muro. La chica, con el tubo cilíndrico bien sujeto bajo el brazo, garrapateaba algo en un bloc de notas. Arrancó la página y se la tendió a su presunto primo, antes de tirar el bloc.

—¡Si nos perdemos, nos encontraremos aquí, a mitad de camino! —gritó.

—¡Suerte! —respondió el otro.

Y se lanzó al vacío.

Un segundo después le vi volando por debajo del aparato, como si de un James Bond cualquiera se tratase. Y las esferas no parecían atraer aquel artilugio como atraían a la avioneta. En eso tenía más suerte. No le dediqué un segundo pensamiento, estaba perdiendo mi capacidad de asombro. Me quedaba, íntegra e intacta, mi capacidad de *pánico.*

—¡Un momento! —grité a la chica, que ya estaba a punto de sallar—. ¿Qué se supone que ocurrirá conmigo? ¡Yo no tengo un «flotador» de ésos!

Mary me miró como si fuera un fantasma.

—¿Cómo lo sabe? Aquello era demasiado.

—¡¿¡Que cómo lo sé!?! Es evidente, ¿no?… —rugí, absolutamente fuera de mí. Ella pareció recuperar un poco la compostura.

—No, no… ¿cómo sabes que se llaman «flotadores»?

—¡Me importa un comino cómo se llamen esos cacharros! ¡Quiero saber cómo voy a salir de aquí!

—Tú eres el piloto… —Remató—. ¡Apaga los motores e intenta planear… la veces da resultado!

Y sin siquiera darme tiempo a insultarla, saltó.

—¡Mierda, mierda y mierda! —gemí yo.

El amasijo de esferas volaba por delante de la avioneta, conduciéndola quién sabe dónde, pero hacia abajo, *siempre hacia abajo.*

Hice lo que cualquiera hubiera hecho en estas circunstancias: probé todos los mandos, una, dos, tres veces, juré en hebreo, volví a repasar todos los sistemas, maldije a voz en cuello, pateé los indicadores, insulté a la avioneta, las esferas, la pareja de primos que me habían metido en aquel embrollo y a mí mismo por dejarme embrollar…

… y seguí bajando.

La Cessna se había convertido en una limadura de hierro y las esferas en el imán más poderoso del universo.

«Intenta planear», había dicho Mary. Bueno, ¿por qué no? Tal vez la atracción de las esferas tenía algo que ver con los motores.

Los paré.

En teoría, la Cessna permitía la maniobra. Hace falta ser un piloto experimentado y con agallas. En aquellos momentos, me fallaba una de las dos condiciones, pero no me quedaba otro remedio.

En la práctica, el avión se desequilibró en el mismo instante en que las hélices dejaron de girar. Bandeó hacia la izquierda. O la atracción de las esferas se había convertido en repulsión, o los depósitos adicionales de gasolina habían desplazado ligeramente el centro de gravedad del aparato.

Maniobré hacia la derecha. La avioneta respondió, pero las alas seguían inclinadas hacia el lado opuesto.

A situación desesperada, solución desesperada. Salté de mi asiento y me deslicé en el del teórico copiloto, a la derecha. Eso pareció equilibrar razonablemente el peso. Sólo había un pequeño problema: tenía que empuñar los mandos con una sola mano.

—Si salgo de ésta, monto un circo… —mascullé, lívido como el sudario de un muerto. Los Alpes Neozelandeses empezaron a agrandarse a pasos agigantados. El altímetro marcó seiscientos pies; luego, trescientos; segundos después, doscientos… Tenía una avioneta perfectamente equilibrada, cayendo en picado hacia su pulverización.

Con una brusca maniobra, esquivé una montaña grande como el

infinito y perdí momentáneamente el control. Seguí descendiendo. Raseé la ladera de otra montaña y de repente, a través del parabrisas…

… vi aparecer un pequeño lago de tranquilas y calmadas aguas.

¡No podía dejar pasar esa oportunidad!

Empujé la palanca hacia abajo, a fondo, dispuesto a amerizar sobre la panza de la avioneta.

La Cessna pareció rebotar sobre el agua, como una piedra plana lanzada casi paralelamente desde la orilla. Se elevó un segundo, volvió a caer y esta vez fui yo el que se alzó por los aires debido al impacto. Reboté contra el techo y caí de cabeza contra el sillón. Cuando a duras penas conseguí incorporarme, contemplé un borrón de líneas en movimiento. El paisaje desfilaba a una velocidad inenarrable, enturbiado por montañas de espuma. Esa misma velocidad era lo único que impedía hundirse al aparato.

Un comité de bienvenida en forma de apretadas lilas de árboles se erguía en la orilla, dispuesto a hacerme picadillo.

Y no podía frenar.

Tenía que salir de la avioneta y tirarme al agua. Era absolutamente descabellado, pero mi única oportunidad. Intenté moverme, pero salí despedido contra el fuselaje y comprobé que su resistencia era mayor que la de mi cráneo.

La Cessna crujió horrísonamente y sentí la bofetada del aire contra mi cuerpo al salir proyectado por los aires como un hombre-bala.

Cerré los ojos y me despedí del mundo.

CAPÍTULO III

Desperté cubierto de un sudor frío.

Y de hierbajos, y de barro, y de dolor y sangre.

Estaba tirado entre los árboles, contemplando un precioso atardecer que maldita la falta que me hacía contemplar. Tenía arañazos en todo el cuerpo y la sensación de que alguien se había entretenido en descoyuntarme todas y cada una de las articulaciones.

Me levanté y… bueno, en realidad lo intenté media docena de veces, antes de conseguirlo. La Tierra parecía haber decuplicado su gravedad, pues me atraía irremisiblemente una y otra vez. Mc levanté, en fin, y miré a mi alrededor.

La Cessna había quedado convertida en un rompecabezas, cuyas piezas se diseminaban en un radio de casi un kilómetro a la redonda. En el aire no se veían rastros de las extrañas esferas, ni, por supuesto de John y Mary Smith y sus famosos «flotadores».

No sabía qué hacer. Vagué entre los restos de la avioneta como un zombi, buscando algo que pudiera resultarme útil. Sólo encontré el bloc que había usado la chica para anotar «su próxima cita». Ya podía escribir una nota de rescate y tirarla al lago. Con un poco de suerte, me vendría a rescatar una familia de cocodrilos.

Casi sin querer, me di cuenta que lo escrito por Mary había quedado grabado en la página siguiente. Eran cuatro palabras:

19. Bar Esterri. Barcelona.

Al menos, ya sabía dónde dirigirme si quería pedir explicaciones de lo sucedido. Algo ni remotamente posible. Estábamos a día nueve y me encontraba en Nueva Zelanda, exactamente las antípodas de España, hecho un pingajo, sin un solo centavo en el bolsillo y en medio de la nada. Si conseguía llegar a cualquier lugar

medianamente civilizado, lo más factible era que me metieran en prisión por caída ilegal en tierras neozelandesas.

Un sonido familiar me sacó de mis lúgubres meditaciones. Alcé la mirada y vi aparecer cuatro helicópteros tras el perfil de una montaña.

Aquello me reconcilió con el género humano. Alguien habría visto la caída de la avioneta y no había perdido tiempo en dar aviso a una patrulla de rescate. Salí corriendo al límite de la selva y me agité como un loco tratando de llamar la atención.

Cuando los helicópteros empezaban a aterrizar, me arrepentí de mi entusiasmo. Eran tres aparatos Kobra, pequeños, y un Carrier de transporte de tropas. El Carrier aún no había tocado suelo, cuando empezó a vomitar hombres armados y uniformados, con monos verdes y gorras de béisbol.

Un segundo después, estaba rodeado y encañonado. Nadie dijo nada. Ni yo, ni ellos. Pareció trascurrir una eternidad hasta que el que debía ser su jefe, bajó a tierra. Los hombres le abrieron pasillo para que llegase hasta mí.

Me pareció reconocerle. Era alto y fuerte; ligerísimamente tripudo; con el pelo gris, abundante y peinado hacia atrás; nariz aguileña, ojos y boca enérgicos, bronceado impecable. La imagen misma de la prosperidad.

—Encantado de conocerle, señor Indiana James —exclamó, tendiéndome la mano—. Usted y yo tenemos mucho de qué hablar.

Aquello me desconcertó. ¿De qué diablos me conocía? Todavía no recordaba su nombre y ya avasallaba, pronunciando *correctamente* el mío.

Se dirigió a sus hombres en un gesto displicente:

—Bajad esos chismes, no son necesarios.

Y aquello me humilló. Cierto que yo no tenía muy buen aspecto, lo reconozco, pero de eso, a despreciarme como posible amenaza…

Aquel tipo no había empezado nada bien conmigo.

Me llevó al Carrier. Parte de la bodega había sido acondicionada y decorada como un salón. Moqueta en el suelo y tapizado en la plancha de las paredes. Tres mullidos sillones con cinturón de seguridad y un mueble bar.

A un chasquido de sus dedos, acudieron un par de tipos con estetoscopios y maletines, aunque sin bata blanca. Estuvieron más

de dos horas torturándome, hasta convencerse de que no tenía hemorragias internas, astillas de hueso en el cerebro, o los pulmones en el tobillo.

Después, con un *bourbon* en la mano, el desconocido cuyo nombre tenía en la punta de la lengua y yo, nos arrellanamos cómodamente en los butacones. Fue él quien rompió el fuego.

—Supongo que habrá oído hablar de mí…

—Sí, claro —me apresuré a contestar para que no me tomase por imbécil. Transcurrieron unos segundos de incómodo silencio.

El tipo esperaba y yo luchaba frenéticamente por dar un nombre a su rostro. Al final, tuve que desistir.

—En… en cuanto consiga recordar su nombre, seguro que lo asociaré a… Suspiró, visiblemente decepcionado.

—Soy D. H. Greenfield.

Me di una bofetada mental, antes de reconocer que me hallaba ante uno de los hombres más ricos del mundo: propietario de Green Things, la empresa de desarrollo e investigación electrónica más poderosa del planeta y, entre muchas cosas, de la cadena de Parques de Atracciones Greenland, una especie de Disneylandias para adultos. En ellos, se reproducían ambientes de las más diversas épocas. Pagabas cierta suma y vivías tu aventura en la Grecia clásica, en la Revolución Francesa, o en la mismísima Prehistoria.

Aún estaba buscando una excusa, cuando preguntó:

—Bien, ¿dónde está la pareja?

Al parecer, había recuperado mi capacidad para la sorpresa, porque me quedé con la boca abierta como un buzón de correos.

Traté de ganar tiempo:

—¿La pareja…? ¿Se refiere a…?

—Me refiero a la pareja que llevaba en la avioneta —cortó, sin ninguna afabilidad—. A la pareja que le contrató en Sidney para que les trajese a Nueva Zelanda. A *esa* pareja.

—¿Puedo preguntarle el motivo de su interés? —contraataqué, dispuesto a no dejarme intimidar.

—Claro que puede preguntarlo. Y hasta es posible que yo le responda… a su debido tiempo. De momento, hay en juego cinco mil dólares sólo por contar lo ocurrido.

Tuve que entrelazar ambas manos para que no se disparasen solas en plan bandeja.

—No hay mucho que contar —dije, tanteando—. Hemos sufrido un accidente y ellos han saltado, mientras yo intentaba un aterrizaje forzoso…

—Han saltado, *¿cómo?*

—Euh… Digamos que en paracaídas. Si le contase la verdad, sus médicos me harían ingresar en un manicomio.

—Está bien, se lo contaré yo —y me hizo un relato detallado, punto por punto, de los acontecimientos: las esferas atrayendo el avión, John y Mary Smith desapareciendo en sus flotadores, mi desconexión de motores…

Le escuché atónito, pero algo aliviado. Aquello confirmaba que yo no deliraba. O que, por lo menos, ya éramos dos los alucinados.

Se carcajeó al captar mi desconcierto:

—Vamos, James, ¿acaso no vio la inauguración de los Juegos Olímpicos del 84, en Los Angeles? Ese aparato que tanto parece extrañarle, lleva años inventado. Lo que ocurre, y lo sabe muy bien, es que no siempre se confiesan los avances experimentales.

—¿Y las esferas? ¿También son del dominio público…? ¿Cómo sabía eso? Se rió de nuevo, cada vez más prepotente.

—Las envié yo mismo. Es una nueva arma inventada por el Departamento de Investigación de mi empresa y que ya ha adquirido el Pentágono. Sería inútil que intentase explicarle cómo funciona, pero ha visto sus resultados: obligará a aterrizar a cualquier aparato que viole el espacio aéreo de nuestro país. Si usted no hubiese parado los motores, las esferas le habrían hecho aterrizar suavemente en una pradera. No tenía intención de matarles, ni a usted… ni a ellos.

Aquello me tenía completamente confundido. Pedí otra copa, al tiempo que renunciaba a intentar aclarar todos los puntos oscuros del tinglado. Sobre todo, sin tener a las dos partes presentes.

—¿Por qué perseguía a los Smith? —Era la pregunta clave, teniendo en cuenta que yo sabía cómo y dónde localizarles.

—Por qué les persigo, querrá decir —corrigió, Greenfield—. Esos dos muchachos trabajan… trabajaban en mi empresa y robaron los planos de nuestro último descubrimiento. Algo sensacional, por cierto. Un nuevo tipo de ordenador, cuyos programas permiten infiltrarse sin problemas en cualquier sistema informático del mundo, llámese Kremlin, Pentágono, o el que sea. Muchas potencias

estarían dispuestas a comprarlo, pero da la casualidad que mi cliente es el Pentágono y prácticamente lo tengo vendido. Si apareciese en otras manos, mi situación sería bastante… comprometida, por decirlo de una manera diplomática, ¿comprende?

Pensé en el cilindro del que Mary no se separaba un solo segundo y que se había llevado de la avioneta al saltar.

—Se dará cuenta que, en manos de cualquier desaprensivo, esos planos pueden acabar provocando una catástrofe mundial —concluyó el financiero.

—Lo entiendo —accedí prudentemente, sin comprometerme—. Pero, mucho me temo que no puedo ayudarle.

—Tal vez sí, tal vez sorprendiera algún comentario entre ellos, por mínimo o inocente que sea, que nos ponga tras su pista…

¿Debía mencionarle la cita? Rechacé la idea por pura intuición: Greenfield era demasiado rico, demasiado poderoso para merecer confianza a ciegas.

—Me gustaría poder ayudarle, pero se pasaron la mayor parte del viaje dormidos. Recuerdo que llevaban un cilindro y es posible que trasportasen los planos en él, pero se lo llevaron al saltar. Encuéntreles a ellos y encontrará el cilindro.

Estuvo a punto de responderme, pero pareció pensárselo mejor y salió del helicóptero sin pronunciar palabra. Sus hombres batían el terreno entre los restos del Cessna, en una búsqueda que yo sabía inútil. No obstante, continuaron un par de horas más, hasta que Greenfield se convenció.

Después, pasó un buen rato hablando con un tipo delgado que llevaba un parche en el ojo y que parecía una especie de lugarteniente. Los tres Kobra se quedaron allí —probablemente para intentar rastrear a John y Mary— y el Carrier, con dos pilotos, Greenfield y yo, se elevó rumbo a la capital.

Nos despedimos al día siguiente. El millonario me entregó un sobre con cinco mil dólares —por las molestias, dijo— y una tarjeta con su dirección en Los Angeles.

—Si alguna vez, por casualidad, volviera a toparse con ellos, no dude en llamarme —y su sonrisa de superioridad me hizo estremecer. Se olía algo—. Estoy dispuesto a pagar
100 000

dólares por recuperar esos planos. No lo olvide.

—

100 000
dólares son difíciles de olvidar.

Me fui directamente al aeropuerto y embarqué en el primer avión a Nueva York, vía Londres.

No llegué a cruzar el Atlántico.

Desde Londres, retrocedí hasta Barcelona.

CAPÍTULO IV

Llegué a España con cuatro días de antelación a la fecha en la que John y Mary Smith debían encontrarse, en el supuesto que las circunstancias les hubieran separado.

Era un palo de ciego y lo sabía. Nada me aseguraba que los primitos no estuvieran en una bóveda del Kremlin o el Pentágono, negociando los planos por su cuenta, riesgo y beneficio.

Si no se presentaban ninguno de los dos, me dedicaría a hacer el turista unos cuantos días y volvería a Nueva York. Si me topaba con ellos… bueno, improvisaría.

No me costó mucho localizar el local de la cita. Se trataba de un viejo bar-restaurante, situado en el barrio de clases medias que los barceloneses llaman El Ensanche. Comí en el pequeño salón el mismo día de mi llegada para reconocer el terreno y salí satisfecho, aunque bastante desconcertado. Mi español no es perfecto, pero bastante inteligible. A pesar de ello, el camarero nunca me servía lo que había pedido. Con un guiño de ojo y una sonrisa de complicidad, el «steak» se transformaba en albóndigas, o la ensalada en unas habas estofadas, sin ninguna explicación. Espero averiguar el misterio algún día.

Con la suma que me había dado Greenfield y los cuatro días de ventaja, tuve tiempo y medios para hacer muchas cosas. En primer lugar, giré visita a la Hemeroteca de la ciudad.

Encontré varios artículos sobre el millonario, aunque todos giraban en torno a la misma idea central: el sueño americano, la vieja y clásica historia del hombre que construye un imperio industrial y financiero, partiendo de la nada más absoluta. En este caso concreto, el arma de la que se había valido Greenfield, era su extraordinaria capacidad inventiva en los campos de la química, la

física, la mecánica y la electrónica. El y su empresa, la Green Things, eran propietarios de una infinidad de patentes.

Lo más extraño era que los periodistas no habían podido descubrir la más mínima formación académica. Su espectacular escalada había empezado fundando una pequeña empresa en Nueva York, a los veintisiete años. Eso ocurría en 1960. Toda su vida anterior estaba sumida en el mayor de los misterios y las insinuaciones sobre un posible pasado turbio que ocultar, flotaban evidentes como el petróleo crudo en cualquier océano del mundo.

Pensé que era un dato que valía la pena retener para el futuro, podía tener su importancia. No era mucho, pero tampoco estaba en condiciones de averiguar más.

El día 19, a primera hora de la mañana, aparqué un coche alquilado en un chaflán de la calle Sepúlveda, frente al bar Esterri. Oculto en su interior, me armé de paciencia y un libro, y me dispuse a esperar. Espera que, por cierto, se me hizo eterna por culpa del maldito libro.

Se trataba de LA historia interminable y, a las pocas páginas, te dabas cuenta que Michael Ende, su autor, tenía El señor de los anillos, de Tolkien, como libro de cabecera. Estaba mucho más que «inspirado» en la célebre trilogía y de un plomizo, un aburrido, un germánico, que tumbaba de espaldas. Quedaba muy bien eso de decir que el protagonista luchaba a favor de la fantasía del ser humano, contra el materialismo del mundo moderno que la está destruyendo, pero los guiños pseudo intelectuales que encantan a los críticos, no convierten a un latazo monótono en una obra maestra de la literatura contemporánea.

Empezaba a dormirme, cuando apareció John. Media hora más tarde, un Peugeot 505 aparcaba sobre la acera. De él bajó Mary, vestida con tejanos y un jersey de lana blanca, más atractiva que nunca.

Entró, salió con su «primito» y ambos subieron al coche. Empezaba la danza.

Seguirles fue relativamente fácil. No se creían vigilados y no tomaron precauciones.

Debían pasárselo en grande, contándose sus respectivas incidencias en el trayecto Nueva Zelanda-España. A lo mejor, incluso dedicaban un breve comentario al idiota cuyos huesos

debían estar blanqueándose en una cordillera de las antípodas.

No, no estaba de buen humor. Peor para ellos.

Salieron de la ciudad en dirección sur y llegaron hasta un pequeño hotel encarado a la playa y rodeado de pinos. Un lugar bastante discreto y solitario en esa época del año, agotada ya la temporada veraniega.

Les di un cuarto de hora para que se instalasen cómodamente en su habitación y entré en el hotel. Un recepcionista viejo y con cara de aburrirse mucho —busqué inconscientemente algún ejemplar de *La historia interminable* en el mostrador— me recibió como maná del cielo. Pedí habitación.

—Puede elegir —contestó— están casi todas libres.

E hizo un ademán hacia el casillero de llaves. Sólo faltaban las de la 103.

—Deme una cualquiera del primer piso —dije.

Me dio la 105, que debía ser la contigua a la de los Smith. Le dije que subía un momento a echar un vistazo al cuarto y que ya firmaría el libro de registro después. No era muy ortodoxo, pero no le importó. Estaba acostumbrado a toda clase de excentricidades turísticas.

Una línea de luz bajo la puerta de la 103, me indicó que estaban dentro. Me acerqué a ella silenciosamente y pegué la oreja a la madera. Con el silencio ambiental, pude oír nítidamente a la «parejita»:

—… encerrado en
Queen's
Hall —decía la chica. Y recordé que aquél era el nombre de la mansión californiana de D.
H. Greenfield
—. No se arriesgará a salir, seguro. Aquello es inexpugnable.

—¿Te das por vencida? —Se oyó la voz de John—. No volveré sin terminar el trabajo. Un corto silencio.

—Ni yo. Pero no sé cómo…

De repente, se calló. Quizá había intuido mi presencia tras la puerta, así que me aparté a un lado, dispuesto a actuar si la abría. Pero la puerta no se abrió, no al menos de forma tradicional. Tras un grito femenino de «¡Cuidado!», justo donde yo me hallaba una fracción de segundo antes, se abrió un boquete del tamaño de una

cabeza.

Di un salto, empujé la destrozada puerta con el hombro y me precipité dentro de la habitación.

Hubo un instante de confusión, pero no precisamente por mi persona. Frente a la puerta, al otro lado de la habitación, se encontraba una ventana por la que estaba entrando un sujeto, cuadrado de cara y cuerpo. John Smith, con un hombro sangrante, destrozado, se abalanzaba sobre él.

Su prima rebuscaba algo, apresuradamente, en el interior de un armario.

—¡Mierda! —balbuceé, incapaz de moverme por la sorpresa.

El intruso y John Smith forcejeaban en la ventana. Por un solo segundo, creí que el chico lograría tirar al otro, pero se produjo un destello de luz y en la espalda de Smith apareció un agujero por el que habría pasado un puño sin problemas.

A esas alturas, ya había identificado a Cara Cuadrada como uno de los hombres de Greenfield. Lo que no identificaba era el extraño pistolón que llevaba en la mano. El pistolón con el que había destripado a su contrincante y que, ahora, apuntaba directamente contra mi pecho.

—¡Qué imbécil soy! —grité. Y me lancé de cabeza contra su estómago.

Resultó ser tan compacto como un bloque de cemento armado. Reboté como un pelele, sintiendo que me estallaba la cabeza, pero él apenas se tambaleó unos milímetros hacia atrás, sin exhalar un solo quejido. No caí redondo al suelo, gracias al apoyo que encontré en una de las sillas de la habitación.

La chica gritó, yo sacudí la pasta en que se habían convertido mis sesos tras el topetazo, el fulano dio unos pasos y la pistola volvió a levantarse hacia mí. Así que… improvisé. ¿No había sido ése mi plan desde el principio, al fin y al cabo?

Tenía bien sujeta la silla con las manos, la levanté y la hice polvo contra el brazo armado de Cara Cuadrada…

… *y del brazo brotó una catarata de chispas.*

La pistola cayó al suelo y yo me quedé boqueando, sin poder apartar la mirada de los fuegos artificiales que brotaban del codo de aquella *cosa.*

No tuve tiempo de elaborar ninguna teoría sobre la naturaleza

de lo que estaba viendo. Podía ser una prótesis, o podía haberme mezclado, sin darme cuenta, en el rodaje de una película de ciencia-ficción. Pero, fuera lo que fuese, no tenía buena pinta. Aquel tipo seguía avanzando tozudamente hacia mí, dispuesto a machacarme con su brazo bueno.

Me tiré al suelo y agarré la extraña pistola.

—¡Se acabó, amigo! ¡Congélate o…! No me hizo el menor caso.

—¡Dispara! —oí gritar a Mary—. ¡No te preocupes, es un robot! Disparé instintivamente, apuntando a la cabeza.

Bastó con apretar el gatillo, como con cualquier otra arma. No hizo ruido alguno, ni sentí el impacto del retroceso, pero la cabeza de aquella *cosa* estalló, quedando convertida en un amasijo de cables chamuscados, en torno a una estructura metálica, un armazón plateado que surgía de su cuello.

—¡Mierda! —exclamé—. ¡Oh, mierda!

El campo de las prótesis podía haber avanzado muchísimo, mientras yo andaba perdido por los rincones del mundo, pero estaba seguro que todavía no podían cambiar una cabeza entera. No tenía ni idea de dónde habría salido, pero aquello era un robot.

Se hizo un corto silencio en la habitación. Abajo, en el *hall* del hotel, oí gritar al recepcionista. ¿Protestaba por nuestro escándalo, o se había topado con una *cosa* como la mía?

Mary se plantó ante mí, lívida, apretando los puños.

—¿Por qué los has traído?

—¿Yoooo? —Intenté protestar. Luego, rectifiqué—. Sí, los he traído yo, pero sin saberlo. Soy un idiota, simplemente.

—Si Greenfield nos ha localizado, estamos perdidos.

—Ahora, salgamos de aquí. Las lamentaciones, después.

Salimos al pasillo. Yo, con la pistola. Mary, con su inseparable cilindro como único equipaje.

Antes de enfilar el último tramo de escaleras, atisbamos el panorama. Malo. El recepcionista estaba sobre el mostrador con un tiro en las entrañas. En la puerta de salida, se escondían dos tipos. Uno llevaba un parche en el ojo: el lugarteniente de Greenfield.

No debíamos haber sido tan silenciosos como creí, porque le oí gritar:

—¡Rendíos! ¡El hotel está rodeado!

Abrí un boquete en la pared, a pocos centímetros de él y a la

altura de su estómago, antes de volver escaleras arriba. Aquello haría que se lo pensasen dos veces, antes de seguimos.

No paramos hasta alcanzar la azotea, sobre el cuarto y último piso del edificio. Desde allí pudimos distinguir media docena de hombres rodeando el hotel. Contando los que podían permanecer ocultos, aun teniendo aquella arma en nuestro poder, la situación era bastante complicada.

—¿Y ahora, qué? —reflexioné en voz alta.

—Tenemos que salir de aquí —apuntó, Mary.

—¡Vaya, una idea genial! —No pude evitar la tentación de mostrarme sarcástico—. Pero resulta que es precisamente lo que esperan, que salgamos. Así nos cazarán como a conejos.

—¿Entonces…?

—¡Y yo qué sé! ¿No tendrás a mano uno de tus aparatos «flotadores»?, ¿verdad? Se encogió de hombros. No, no lo tenía.

Traté de concentrarme. ¿Cómo abandonar el hotel eludiendo el cordón de seguridad que nos rodeaba?

—Consiguiendo que dejen de rodearnos, desde luego —terminé diciendo en voz alta.

—¡¿Qué?!

—Nada, cosas mías.

Me asomé a la barandilla de la terraza y disparé tres veces. No di a ninguno de los merodeadores, pero conseguí atraer su atención. Al cabo de unos segundos, se abalanzaron hacia la puerta del hotel.

—¡Perfecto! Ahora, abajo.

—Pero… ¡nos encontraremos con ellos de frente! —protestó Mary.

—¿No es emocionante? —respondí, enarcando varias veces las cejas.

Debió creer que me había vuelto loco, pues me costó Dios y ayuda arrastrarla hasta el cuarto piso. Busqué una caja de fusibles y apunté con mi cacharro. Se hizo la oscuridad en todo el hotel.

—Quédate aquí y espera sin hacer ruido —le susurré a Mary—. Cuando me oigas gritar, sal corriendo.

—¿Hacia el tejado o hacia los hombres de Greenfield? —preguntó con sorna.

—¡Hacia mí, preciosa!

Me coloqué junto a las escaleras y esperé con la espalda clavada

contra la pared. Abajo se oían pasos precipitados y alguna maldición que otra. Al cabo, uno de los hombres —¿hombres?— apareció, subiendo precavidamente con una pistola en la mano. Una pistola normal, de ésas cuyas balas sólo explotan dentro de tu cuerpo, esparciendo metralla por los intestinos. Debía estar completamente loco, pero me alegré.

De todas formas, esperé que llegase a mi altura y le clavé la pistola en la espalda. Si era un «hombre» se congelaría; si era un «robot», se encontraría con un bonito agujero de mantenimiento.

Asintió con la cabeza, sin necesidad de que yo dijese nada.

—Cuando diga ya, avisa a los demás que estamos en el segundo piso, ¿de acuerdo…? —volvió a asentir. Hice una pausa—. ¡Ya!

—¡Están en el segundo piso! ¡Atención! ¡Cuidado! ¡Cuidadoooo! —se desgañitó con exceso de celo.

—¡Ya basta, Robert Redford! —dejé caer mi pistola sobre su cabeza y, seguidamente, disparé contra la pared.

El grito y el disparo pusieron en marcha los reflejos de los demás hombres. En un instante, pude vislumbrar un mínimo de seis fogonazos a través del hueco de la escalera, seguidos del ruido seco de un impacto y una letanía de gemidos, maldiciones, blasfemias y juramentos.

—¡Andando, Mary! —grité.

Con una pistola en cada mano, alternando rayos y tiros a ciegas, empecé a bajar las escaleras, seguido por la chica. La confusión aumentó. Nadie sabía dónde estaba nadie, ni quién era su amigo y quién su enemigo.

Llegamos ilesos a recepción, lo cruzamos a la carrera y salimos del edificio…

… para recibir una rociada de balas. Uno de ellos se había quedado fuera y nos disparaba, atrincherado tras uno de sus coches aparcados.

Una bala me rozó el cuello. Otra, hizo volar mi gorra de béisbol. Iba a gritar «¡al suelo!», cuando sentí que alguien me rodeaba las piernas con los brazos y tiraba de ellas, haciéndome caer.

Tras comprobar la dureza del suelo con los dientes, barrer el vestíbulo con la cara y despellejarme la nariz con una baldosa más sobresaliente que las otras, evalué la situación. Aquel tipo sabía que varios de sus compañeros seguían vivos dentro del hotel. Sólo tenía

que limitarse a impedirnos la salida, para que nos frieran cómodamente desde la retaguardia.

—De acuerdo, tú lo has querido —mascullé entre los dientes que me quedaban. No conocía el modelo de la pistola que tenía en mis manos, pero su calibre era monstruoso, mayor que la «Enfield» 1880. No perdía nada con probar. Apunté al depósito de gasolina del coche y apreté el gatillo.

No sucedió nada. Me había quedado sin balas.

La alternativa era la extraña pistola del robot, o lo que fuese. Esta vez, sí. Esta vez, el depósito estalló como un volcán y el vehículo se incendió inmediatamente. El pobre diablo que estaba refugiado tras él, salió corriendo, chillando y agitando los brazos, convertido en una antorcha humana.

No me di cuenta que seguía apretando el gatillo, hasta que el arma parecía un hierro al rojo. La solté con un chillido, cayendo al agujero que su rayo había creado ante mí. Era un cráter de casi medio metro de diámetro y otro tanto de profundidad.

El resto fue fácil. Subir al coche de Mary y salir volando hacia Barcelona.

Circulamos en silencio durante casi diez minutos. Entonces, cuando ya era evidente que no nos seguían, oí el sollozo de Mary.

—¡John…! ¡Se… se ha quedado allí!

—Créeme, ya no le importa dónde esté…

Tras esta maravillosa muestra de psicología jamesiana, los sollozos redoblaron. Mantuve un prudente silencio.

Cuando el prudente silencio se convirtió en silencio embarazoso, por decir algo, pregunté:

—¿De verdad erais primos?

—No, claro que no… Compañeros de trabajo. Sólo eso.

Y aunque no quede muy elegante confesarlo, me sentí mejor.

—… en Green Things, la empresa de Greenfield —añadí yo, recordando lo que me contara el magnate.

Ella dudó antes de contestar.

—¡Oh, vamos! ¡Greenfield me contó su versión! Ahora, quiero la vues… la tuya.

—¿Y te contó que trabajábamos con él?

—Claro. ¿Acaso no es verdad?

—Sí, lo es. Trabajamos en Green Things. Y allí empezó todo. Es

verdad… Pero yo supe que no lo era.

CAPÍTULO V

Al llegar a Barcelona, nos detuvimos ante un bar situado en la plaza de Cataluña.

Era de lo más céntrico y estaba abarrotado. Si por alguna extraña maldición gitana en contra nuestra, los tipos de Greenfield habían seguido nuestro rastro sin que nos diésemos cuenta, podrían pasarse media vida en el mismo bar sin que coincidiéramos.

Yo pedí un *whisky*, pero Mary dijo que no se sentía con ánimos de tomar nada.

—Prueba con un té —le aconsejé—. Te sentará bien.

—Como quieras —accedió.

Una vez el camarero hubo tomado nota y a falta de una idea genial para empezar la conversación, me quedé mirando el cilindro de Mary. Ni siquiera había querido dejarlo en el coche.

Contuviera lo que contuviese, no había duda de que era algo muy valioso. Y yo tenía que averiguar su contenido.

—Todo empezó en Green Things, donde trabajabais John y tú —dije, repitiendo sus palabras—. Bueno, ¿qué es lo que empezó?

Mary volvió a dudar ante la pregunta directa:

—¿Qué te contó Greenfield?

Aquella chica empezaba a sacarme de mis casillas.

—¡Me contó que erais simpatizantes del Frente de Liberación del Pacífico y que habíais hecho un pacto con las ballenas para hundir todos los balleneros con un golpe maestro!

—¿El Frente de qué…? —se limitó a preguntar estupefacta.

—De acuerdo. Se acabaron las contemplaciones —escupí, alargando la mano hacia el cilindro.

No llegué a rozarlo siquiera. Como una maga en pleno escenario, lo hizo desaparecer de mi vista con una rapidez pasmosa.

—¡No! —gritó. Y por el brillo de sus ojos, comprendí que estaba dispuesta a deshollar con sus propias uñas a quien pretendiese arrebatárselo.

Y parecía muy capaz de conseguirlo.

—Está bien, está bien… —accedí—. Greenfield dijo que le habíais robado, que en ese cilindro hay unos planos que valen una fortuna y que son suyos…

—¡Eso es una infamia! —apostilló ella—. Una demostración de que la peor mentira puede ser una verdad a medias.

—¡Ah! —exclamé. El discurso había estado bien, pero no aclaraba absolutamente nada.

—Trabajábamos en su empresa, es cierto —siguió, mucho más calmada—. Y nos llevamos esos planos, también es cierto. Pero sólo porque no estábamos dispuestos a pagar el altísimo precio que conllevaba su ansia de enriquecimiento personal…

Puse cara de *póker*.

—¡La libertad de todos los seres humanos! —añadió. Yo seguí impávido.

—¡Pretende adueñarse del mundo! —insistió Mary, ante mi postura.

Una vez reprimidas y deglutidas mis irrefrenables ganas de carcajearme ante su cara, dije:

—¡Así que Greenfield es un sabio loco! Me parece haber visto ese tipo de cosas en las historietas y los dibujos animados de televisión, pero creía que hacía muchos años que estaban pasadas de moda…

—Has visto otras cosas —replicó sin amilanarse—. Piensa en todo lo que has visto, desde que te implicaste con nosotros y Greenfield.

Eso me hizo callar, tragar media docena más de sarcasmos, evaporar mi diversión y concentrarme. Puestos a pensar, podía hacerlo en esferas voladoras que atraían aviones, en «flotadores» individuales… o en robots de total y perfecta apariencia humana, hasta que les volabas la cabeza de un tiro… bueno, o de lo que fuese.

—El robot lo diseñó él mismo —dijo Mary, como si adivinase mis pensamientos—. Es un genio, no lo discuto, pero también es un paranoico obsesionado con el poder absoluto…

Llegó el camarero con las bebidas y Mary interrumpió su discurso.

Entonces, sucedió algo curioso: la chica se quedó pasmada ante la taza y la pequeña tetera. Dudó un segundo. Quiso preguntarme algo, pero se arrepintió. Y, de repente, sacó la bolsita de té de la tetera, la abrió y vertió su contenido en la taza, antes de removerlo todo con la cucharita.

—Pero… ¡¿qué haces?! —Se me escapó. De nuevo una mirada indecisa.

—¿Por qué?

—¿Siempre te bebes el té así?

—¡Claro, así me gusta más! —Y, para demostrarme la firmeza de sus convicciones, se bebió de un solo trago el mejunje de la taza.

Puso los ojos en blanco, tosió, se atragantó, enrojeció, escupió discretamente algunas hebras de la hierba y terminó exhibiendo una fastuosa sonrisa como si acabase de escenificar para mí un viejo y divertido ritual.

Yo no sabía si echarme a reír o perderme por las Ramblas barcelonesas y olvidarme de una vez por todas de aquella historia tan descabellada. Si Greenfield agitaba toda mi desconfianza, «Mary Smith» despertaba toda mi sospecha… además de otras cosas. A ella, de repente, pareció entrarle prisa por olvidar el incidente:

—Vámonos de aquí —dijo—. Llévame a tu hotel.

Y su voz había sido una octava demasiado alta, lo suficiente como para que, los ojos de todos los curiosos de las mesas próximas, me mirasen con sonrisas de complicidad. A partir de aquel instante, todo lo que dijésemos sería captado por docenas de atentos oídos. Fastidiado, me levanté de la mesa y llamé al camarero.

Había sido una maniobra muy hábil, pero en el hotel no tendría a nadie tras quien escudarse.

Tampoco lo necesitó. Cuando el decidido Indiana James iba a abrir la boca para seguir pidiendo explicaciones, la chica se me anticipó, acercándose lentamente.

—Todavía no te he dado las gracias —dijo en un susurro—. Si no fuera por ti… —Y puso sus brazos encima de mis hombros—. Eres un buen tipo, Indiana James. Y muy valiente.

Y yo, babeé como el imbécil que soy. No me di cuenta que no me había llamado Indiana Smith, como le había dicho que me

llamaba cuando nos conocimos. Ni siquiera Jones, como era normal entre quienes apenas me conocían, por mera asociación de ideas.

Pero no estaba por detalles. Porque, eso, lo dijo una milésima de segundo antes que sus labios entrasen en contacto con los míos. Y, aunque su estilo de tomar el té no fuera muy ortodoxo, su forma de besar era lo bastante buena como para reclamar toda la atención de un servidor. No sé si me explico. Si ella había flotado antes con un misterioso aparato, ahora me transmitió la sensación de caer en vuelo libre.

Una hora después, cometí el grave pecado de dejarme influenciar por las poses cinematográficas y encendí un cigarrillo, recostado a su lado en la cama.

—Indy… —susurró ella.

—Dame un poco de respiro, nena. Uno ya tiene sus años.

—No, no tenemos un segundo que perder. Greenfield no cejará hasta que recupere lo que considera suyo —la sonrisa de superioridad se me heló en los labios. Creía que quería otra cosa.

—¿Y si destruimos los famosos planos? —pregunté, olvidando mis fantasías y entrando en situación.

—Empezará nuevamente desde cero. Sólo habremos conseguido retrasarle un año, dos, no sé…

Y es un hombre vengativo. No nos lo perdonará. Nos perseguirá, nos acorralará y…

—Vale, vale, enterado. No pareces muy optimista.

—No lo soy. ¿Y si hiciésemos un pacto con él?

A uno de los dos le empezaban a patinar las neuronas. Y no eran a mí.

—El único pacto capaz de aceptar Greenfield, es prometernos una muerte rápida y sin dolor, a cambio de los planos.

—No, necesariamente. De todas formas, el final será el mismo, ¿por qué no correr el riesgo?

—Olvídalo. Duérmete, mañana por la mañana verás las cosas más claras… Me equivoqué.

A la mañana siguiente, reemprendió la conversación en el mismo punto en que la había dejado, como si no hubieran transcurrido ocho horas. Se me ocurrió tocar el tema de John y su muerte, a modo de ejemplo, pero lo volvió contra mí. Aquélla era la perfecta muestra de lo que nos esperaba. En cambio, si pactábamos

con Greenfield…

Terminó por convencerme de que, al menos, tantease al millonario. Yo todavía conservaba la tarjeta que me diera en Nueva Zelanda con su número privado.

—¿Greenfield? Aquí Indiana James —me presenté—. ¿Se acuerda de mí?

—Por supuesto —contestó en un tono gélido. A pesar de los miles de millas de distancia, creí que empezaban a formarse carámbanos en mi oreja.

—¿Le han informado sus hombres de lo ocurrido ayer?

—Me han informado que usted se ha convertido en un estorbo, Indiana.

—Ellos fueron el estorbo —contraataqué firmemente—. De no haberse entrometido, usted tendría el maldito cilindro en sus manos por el módico precio de 100 000 dólares para mí y otros tantos para la chica…

Guardó silencio unos segundos. Había conseguido despertar su curiosidad.

—¿Por qué 100 000 más para la chica?

—Porque había conseguido convencerla, pero la muerte de su amigo ha complicado un poco las cosas.

—¡Tráigamela y esos 200 000 dólares serán para usted!

—Ella irá por su propia voluntad, pero quiere una compensación…

—Acepto sus condiciones, sean las que sean. No me importa el dinero, James. Tengo todo el que necesito, tengo más de lo que puedo gastar en diez vidas… ¡pero quiero ese cilindro!

El tono de su voz había ido cambiando poco a poco, hasta convertirse en un aullido histérico. ¿Todavía existirían los sabios locos? ¿Sería Greenfield uno de ellos? Ya no sabía qué pensar.

—Le llamaré en cuanto lleguemos a Los Angeles —y colgué, antes de darle opción a contestar.

Me volví hacia Mary, que había estado a mi lado, expectante,

durante toda la conversación.

—Acepta cualquier suma… ¡pero no me fío de él!

Nos miramos unos minutos en silencio. Al unísono, como si ambos deseásemos terminar con aquel asunto lo antes posible, nos pusimos en marcha.

Viajamos hasta Los Angeles en un vuelo de línea regular. Antes de partir, compré varios periódicos barceloneses en el aeropuerto. En todos se informaba del asesinato de un recepcionista de hotel, en la localidad costera de Castelldefels, pero no se mencionaban otros muertos, o señales de tiroteo en el edificio.

No sé si fue el viaje, o la tensión, pero me encontré completamente agotado. Decidí que Greenfield podía esperar al día siguiente y me tiré en la cama del primer hotel que encontramos en pleno aeropuerto.

Cuando desperté, once horas después, Mary ya se había levantado y preparado. Me sonrió fría, mecánicamente, intentando traspasarme algo de la confianza que yo estaba seguro que no sentía.

Alargué mi mano y tomé la suya, apretándola. Respondió suavemente, acercándose a mí y desnudándose de nuevo. Jamás había hecho el amor de una forma tan metódica y apasionada, a la vez, como lo hice en aquella ocasión. Fue una experiencia plena, total, completa.

Mientras desayunábamos, Mary no dijo nada que sonara raro o fuera de lugar, pero a mí me pareció notar un cierto cambio. Un cambio cuya naturaleza no acertaba a establecer.

«¡Mierda, Indy, te estás volviendo paranoico!», me dije a mí mismo. «Sólo está nerviosa por lo que pasará hoy. Como tú. Simplemente, eso».

—Nos vamos a meter en la boca del lobo, Mary —dije, sin atreverme a mirarla a los ojos—. Sería mejor dejarlo correr, perdemos en cualquier lugar de este país, de Canadá, del mundo…

—Greenfield nos encontraría.

—Pero…

—No ocurrirá nada. Confía en mí.

Conduje sesenta millas en un coche alquilado. Primero, a través de la maraña de autopistas de Los Angeles. Después, por una carretera privada que, teóricamente, llevaba hasta

Queen’s
Hall.

Durante todo el trayecto, tuve ocasión de maravillarme ante la tranquilidad y total sangre fría de Mary. Cualquier observador imparcial diría que íbamos a una amigable fiesta familiar.

Sabíamos que no era así y, para recordárnoslo, en cuanto enfilamos por la carretera privada, un par de helicópteros acudieron hasta nosotros. No nos molestaron, no interrumpieron nuestra marcha, no hicieron ninguna pregunta o maniobra amenazadora. Se limitaron a colocarse a ambos lados, a una altura de tres metros y seguirnos como escoltas… o perros de presa venteando la caza.

Queen’s
Hall ocupaba una superficie de 60 hectáreas. El edificio central se alzaba en medio del desierto, con toda la absurdidad de las cosas total y absolutamente fuera de lugar. Lo habían construido copiando, piedra a piedra, estructura a estructura, uno de los castillos del Rhin. O eso suponía. Greenfield era muy capaz de haberlo transportado desde la vieja Alemania. Algunos yanquis y sus delirios de prepotencia, ya se sabe.

Varios kilómetros de verjas electrificadas, salpicadas de garitas de guardia —«¿con hombres o robots?», me pregunté— cercaban el recinto, convirtiéndolo en una fortaleza casi inexpugnable. Por fin, una barrera tipo aduana nos cortó el paso. En ella, se encontraban media docena de hombres uniformados con los monos y gorras de béisbol que había visto en Nueva Zelanda.

Era evidente que nos estaban esperando. Mientras uno hablaba por teléfono, los helicópteros tomaron tierra detrás nuestro.

La suerte estaba echada.

Uno de los guardias habló por un interfono, sin quitarme los ojos de encima:

—Están aquí.

No entendí lo que le contestaron, pero se acercó a Mary, sacó unas esposas y se las colocó en las muñecas. Yo protesté.

—Órdenes del jefe —explicó el tipo—. Y se montó en el coche para acompañarnos hasta el castillo.

Miré de reojo a Mary. Estaba tranquila, como si nada ocurriera. Me dirigió una sonrisa desarmante.

No se me ocurría otra cosa que entregar el maldito cilindro,

coger el dinero y largamos de allí en cuanto pudiésemos. Así de fácil.

Pero en mi interior, sospechaba que no lo sería.

Y no lo fue.

CAPÍTULO VI

D. H. Greenfield nos concedió el honor de recibirnos en el salón principal del castillo. Era una inmensa estancia, de techo tan alto, que tenías ganas de pedir prestados unos prismáticos para estudiar debidamente los delicados relieves del artesonado. Pesadas columnas, mármoles, tapices y muebles de época, convivían con ordenadores y una inmensa consola sobre la que, veinte pantallas de video, mostraban diversos puntos del recinto. Frente a esa consola, cualquiera podía controlar a la perfección todo el dispositivo de seguridad de la fortaleza.

Los dos hombres que nos habían escoltado hasta el interior del palacio, a una señal de su jefe, se retiraron hasta quedar vigilantes a ambos lados de la puerta.

Miré a Mary y me sorprendí, nuevamente, al observar que conservaba hasta la última gota de sangre fría, aun cuando Greenfield se había encarado con ella:

—Francamente, nunca creí que pudieras ser tan ingenua —exclamó con sorna. En sus ojos se percibía el brillo del triunfo.

—Y no lo soy —respondió ella con total parsimonia.

Yo no sabía cómo reaccionar. Nunca en mi vida me había sentido tan estúpido.

—Un momento, un momento —dije—. Se supone que esto es una entrevista para llegar a un acuerdo…

Greenfield sonrió despreciativamente y me arrebató el cilindro de un tirón.

—Eso lo supondrá usted, Indiana. Yo, no.

Y abrió la tapa del estuche, y miró en su interior… y palideció.

Y, a partir de ese momento, las cosas empezaron a complicarse rápidamente.

—Yo tampoco lo suponía —dijo Mary, empezando a avanzar hacia la consola.

—¡Detenedla! —gritó Greenfield.

Los dos soldados levantaron sus fusiles ametralladores «AR» 15.

—¡Nooooo! —grité yo.

Mary tiró de la cadena que unía ambas esposas.

Los soldados dispararon sendas ráfagas casi a quemarropa. Un segundo después, unos veinte orificios de bala aparecieron en su cuerpo.

… pero Mary no sangraba. Y seguía caminando.

Sin que pareciese hacer el más mínimo esfuerzo, despedazó la cadena de las esposas.

Llegó hasta la consola, alzó un brazo y descargó la mano sobre ella. Crujieron las planchas, saltaron cables, se partió el aparato y el recinto se llenó con el estridente sonido de las sirenas de alarma.

A través de las pantallas, pude ver las escenas de confusión entre los guardias. Los soldados empezaron a converger hacia el castillo, conscientes que el peligro estaba en su interior. De repente, un monstruoso tráiler se lanzó desde el exterior contra la verja.

—¡Alto el fuego, maldita sea! —rugió Greenfield—. ¡Es una trampa, idiotas!

Los soldados bajaron sus armas desconcertados, cuando Greenfield se abalanzó sobre Mary, la agarró por la cabeza, la hizo girar sobre el cuello…

… y se la arrancó de cuajo.

—Pero… pero… —balbucí yo, mirando los haces de cables que brotaban del cuello seccionado—. Si hemos… si horas antes, hemos… en el hotel, hemos…

—¡Esto lo pagarás caro, estúpido! —me gritó el millonario a dos centímetros de mis narices, tapando aquella espantosa visión.

No esperé a que especificase la forma en que yo pagaría. Le agarré por el cuello y le empujé hacía atrás, contra sus propios hombres. Antes de que tuvieran la oportunidad de hacer uso de sus armas, me abalancé sobre ellos.

Lanzando patadas y puñetazos al bulto, conseguí que uno soltase el subfusil. Era todo lo que necesitaba. Descargué salvajemente la culata sobre el tórax de uno de los soldados y terminé de astillarla contra el tabique nasal del segundo. Su crujido fue espantoso.

Un instante después, Greenfield estaba sentado en el suelo, bizqueando, intentando enfocar el cañón del fusil ametrallador apoyado en su nariz.

—¿Quiere un millón de dólares, Indiana? ¡¿*Quiere diez millones*…?! ¡Yo puedo dárselos, me sobra el dinero! —ofreció Greenfield gritando, aterrorizado.

—¿Dónde he oído eso antes? —repliqué, sintiendo que la tentación de apretar el gatillo era más y más fuerte.

Del exterior, llegaban ecos de catástrofe. Los guardias del millonario confluían hacia el trailer desde todas direcciones, con las armas dispuestas, disparando como alucinados. Formaban un círculo compacto, un abigarrado pelotón de muerte, vomitando fuego y metralla…

… cuando, el camión, *estalló*.

* * *

No pude ver la carnicería. Las pantallas de video se oscurecieron y el suelo tembló ostensiblemente. Los vidrios de todo el castillo saltaron hechos pedazos por la onda expansiva y el calor que nos azotó inmisericorde.

—Indiana, por favor… —suplicó Greenfield.

—¡Que no se mueva, Indy! —Me sobresaltó la voz de Mary.

Me volví y la vi corriendo por las escaleras de acceso, con algo que parecía una de aquellas extrañas pistolas en una mano y un cilindro exactamente igual al que había entregado al millonario, colgado de su espalda como un carcaj.

Parpadeé y no pude evitar mirar el cuerpo destrozado del robot, que hasta hacía apenas un minuto, *también* había sido Mary. Fue un reflejo instintivo que me puso la carne de gallina.

Cuando reaccioné, Greenfield, medio corriendo, medio gateando, desaparecía en una habitación contigua.

—¿Por dónde se ha ido? —exclamó Mary jadeando, al llegar donde yo me encontraba.

La agarré por los hombros.

—¡Me importa una mierda dónde se haya metido Greenfield! ¡Quiero saber qué diablos está pasando aquí!

—¡Nada, no pasa nada! —gritó, tratando de librarse de mi presa —. ¡Preparé un plan para poder capturarlo, eso es todo!

—¡¡¿*Que eso es todo?*!! —aullé, engarfiando los dedos como un poseso. La chica se quejó sonoramente—. ¡Ah, no! ¿Y qué me dices de… de esa *cosa*? —señalé el robot con un movimiento de cabeza.

Bajó los ojos como avergonzada y eso me hizo aflojar la presa. Una fracción de segundo después, sólo atenazaba el vacío. Se había escurrido entre mis brazos y corría hacia la puerta por la que había huido el millonario. Fui tras ella y nos encontramos en una especie de vestíbulo con tres salidas: dos puertas y una escalera interior que ascendía hacia un piso superior.

—¡Tenemos que encontrarle! —Pataleó exasperada—. ¡Puede ser cuestión de segundos…!

—Busca por esta planta, yo miraré arriba.

Era lo más práctico. Quería tenerles a los dos delante mío y sacarles la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Y si tenía que hacerlo por la fuerza… ¡nada más atractivo!

Mary desapareció a toda velocidad por una de las puertas.

Yo me fui hacia el piso superior con el cerebro bullendo como una cafetera vieja. Desde el momento en que había aceptado pilotar la avioneta para aquella extraña pareja, me había convertido en el espectador de una especie de batalla entre magos, que me asombraban una y otra vez con sus trucos increíbles. Debía existir una explicación y una explicación lógica. Mi cordura estaba en juego.

* * *

En el piso superior, el palacio estaba estructurado en una interminable serie de salones intercomunicados. Con mi «AR» 15 medio destrozado en la mano, quitado el seguro, registré las sucesivas estancias. Ni rastro de Greenfield.

Un pequeño sonido metálico me dio la pista que necesitaba. Procedía de las alturas, del torreón.

Localicé fácilmente la escalera de caracol que trepaba hasta la torre. Ahora, podía escuchar los pasos y jadeos de un agotado Greenfield, ascendiendo precipitadamente hacia la cúspide.

—¡El torreón, Mary! ¡El torreón! —grité con todas mis fuerzas. Sin esperar respuesta, me lancé por los escalones.

El rostro sudoroso y congestionado de Greenfield se asomó al hueco de la escalera, ya casi arriba:

—¡No se meta en esto, Indiana! ¡No se convierta en cómplice de una asesina!

—¡Demasiado tarde! —respondí, sin detenerme siquiera.

Se acabó. Había decidido no prestar la más mínima atención a las historias que cualquiera de los dos pudiera contarme. Había tragado demasiadas payasadas.

Al darse cuenta que no atendía sus ruegos, Greenfield reemprendió la escalada. Yo acortaba distancia, pero tenía suficiente ventaja como para llegar a tiempo de encerrarse en el torreón. Un tintineo de llaves me indicó que, primero, debería entretenerse en abrirla. Aún tenía una posibilidad.

Pero se esfumó. Greenfield abrió la puerta cuando todavía me faltaban unos diez escalones para llegar. Entró corriendo en la habitación y desapareció de mi campo visual…

… y me lancé hacia esa puerta, como un cerdo al que le enseñan un buen puñado de bellotas para que entre por su pie y de buena gana en el matadero.

Debí haberlo supuesto, pero no me encontraba en las mejores condiciones para razonar. Greenfield se había quedado apostado tras la puerta y no tuvo más que empujarla en el momento exacto. Recibí media tonelada de acero en pleno rostro.

Apenas si tuve tiempo de alzar ligeramente los brazos. El golpe hizo vibrar todos mis huesos y reboté contra el suelo del rellano.

No llegué a sentir ese segundo golpe. De muy lejos, antes de que se apagase la última luz, me pareció oír la voz de Grenfield:

—Tú lo has querido, imbécil. ¡Veremos qué tal te sienta el infierno! O tal vez lo soñé.

El caso es que desperté en él.

CAPÍTULO VII

Mis huesos despertaron antes que mi mente.

Empecé a sentir el zarpazo de un dolor agudo, insoportable. Y, curiosamente, el roce de las cuerdas contra mi piel y la angustiosa sensación de estar inmovilizado. Cuando abrí los ojos y miré a mi alrededor, todo se desvaneció como por ensalmo, anulado por la perplejidad y la sorpresa.

No sólo no podía creer lo que veía. Es que era imposible.

El sol rutilante sobre *mi* cabeza, el cielo despejado, las montañas y valles arbolados, sin la más leve sombra de edificaciones o rastro de vida humana…

… y una vegetación exuberante, salvaje, que no cuadraba con nada que yo hubiera conocido.

¿Dónde me había llevado aquel maníaco? ¿Y, cómo?

Giré la cabeza, sintiendo la protesta de todos y cada uno de los músculos de mi cuello. D.
H. Greenfield,
fumando tranquilamente un cigarrillo y con el «AR» 15 descansando en un brazo, me observaba sonriente. Tras él, a unos cien metros, una inmensa mole rocosa ocultaba el horizonte.

—¿Dónde estamos? —balbucí, todavía aturdido.

Tiró la colilla al suelo y con ella, pareció tirar también su sonrisa. Escupió furioso.

—Pregunta equivocada, Indiana. El «quid» del asunto no está precisamente en el *dónde* —le maldije mentalmente. No me apetecía jugar a las adivinanzas—. De todas formas, eso no debe preocuparte. En realidad, no debes preocuparte por nada. No merece la pena.

Las secretas razones por las que antes sonreía, debieron aflorar

de nuevo, porque volvió a exhibir su deslumbrante mueca.

—¿Cuánto tiempo he estado sin sentido? —pregunté, por decir algo y ganar tiempo. Volvió a sonreír. Sus aires de suficiencia me recordaban los de un cow-boy, regodeándose ante el desconcierto de un pobre indio que viese un collar de cuentas de colores por primera vez en su vida.

—Depende de cómo se mire —contestó por fin—. Es muy relativo. En el fondo, como todo lo realmente importante en esta vida, sólo es una cuestión de tiempo real, no subjetivo.

Empecé a temer que hubiera enloquecido. Era evidente que me había transportado hasta allí desde su mansión, pero ¿para qué? ¿Quería decir eso que había eliminado a Mary? ¿Dónde diablos me encontraba?

De repente, se me hizo la luz: Greenfield el millonario, Greenfield el propietario de Green Things… ¡Greenfield, el dueño de la cadena de Parques de Atracciones Greenland!

¡Estaba en una de sus malditas simulaciones históricas!

—Bien, ha sido un placer, Indiana —exclamó.

Y echó a andar hacia las rocas. Le vi trepando por la pared y desapareciendo entre los enormes pedruscos.

Pasé una hora intentando librarme de las cuerdas y pensando cómo puede razonar un loco. Ambas cosas no me llevaron a ningún sitio, por supuesto. Sólo conseguí ponerme nervioso hasta el límite de la exasperación. Greenfield había bordado su trabajo con nudos de marinero de cuatro brazos y, para rematar la faena, la soga se enrollaba alrededor de una piedra de unos veinte kilos. Ni siquiera tenía el recurso idiota de arrastrarme como un gusano.

¿Me había abandonado allí para que muriera de hambre y sed?

La respuesta fue casi inmediata: no.

Moriría de otra cosa. Lo supe en cuanto miré al cielo, alertado por un batir de alas.

Un enjambre de extraños y monstruosos pájaros, una especie de buitres, trazaba círculos descendentes sobre mí. ¿Reales o robots del Parque de Atracciones…? Reales. Sus movimientos eran *demasiado* elásticos y estilizados para tratarse de máquinas.

—¡Greenfield…! —grité, aterrado—. ¡Sáqueme de aquí, maldito bastardo…!

¡Greeeeeenfield!

Una de aquellas bestias se posó cerca de mi hombro. Se acercó dando ridículos sal ti tos y batiendo las alas, y su pico se inclinó hacia mi rostro, dándome unos suaves golpecitos. Parecía estar probando la ternura de la carne, como aquel que se dispone a probar el plato del día para decidir si es de su agrado o no.

—¡*Fuera*! ¡*Fueraaaaaa*!

Se asustó y emprendió un corto vuelo, pero no se alejó. Fue a reunirse con varios de sus compañeros que aguardaban impacientes.

El ala de una de aquellas carroñeras me rozó la mejilla. Era fría y viscosa al tacto, espeluznante, nauseabunda. Los graznidos empezaron a subir de volumen, mientras se congregaban más y más ejemplares a mi alrededor. La fetidez aumentó hasta provocarme náuseas.

Y grité. Grité hasta desgañitarme, hasta casi reventar mis cuerdas vocales, hasta enronquecer. Se produjo un movimiento de retroceso en la bandada, pero, a cada pausa, seguía otro de acercamiento. Y, en cada ocasión, ganaban unos centímetros.

El más atrevido de los pajarracos se posó en mi brazo. Intenté sacudírmelo de encima, agitándome con todas mis fuerzas, pero logró mantener el equilibrio utilizando sus alas como contrapeso.

Vi cómo su pico hurgaba en mi hombro y aullé de dolor. Y más aún que el dolor, me angustió verle emprender el vuelo con su botín: un trozo de carne ensangrentada, mezclada con jirones de ropa.

Empezaba el descuartizamiento.

Envalentonados por la demostración de su compañero, tres pajarracos más llegaron hasta mí. Me moví todo lo que pude, rugí, lancé inútiles dentelladas al aire. Ya no les impresionaba. Comprendían que estaba indefenso.

Uno de los picos descendió hacia mi ojo.

—¡No, no, no, no, no…!

Era en vano. Cerré los ojos y traté de esconder el rostro, aplastándolo contra el suelo, pero mis ligaduras me lo impedían.

Nunca me había sentido tan aterrorizado como en aquel momento. El último. El definitivo.

Algo silbó en el aire y sentí que mi cuerpo quedaba libre del peso de los carroñeros. Oí un apresurado batir de alas. Respiré un

poco de aire puro. Degusté la hiel que ascendía de mis entrañas.

Y abrí los ojos para ver.

Mary se acercaba corriendo por el claro. Mary y su inseparable cilindro. Mary y una extraña y maravillosa pistola con la que disparaba contra los carroñeros.

Y entonces, cuando ya empezaba a respirar aliviado, cuando ya me consideraba salvado, cuando era presumible que había pasado lo peor, tuve una visión. ¿Por qué diablos me había abandonado allí Greenfield…?

La respuesta era tan fácil como sumar dos y dos.

Observé las rocas. En la pared grisácea, si sabías dónde mirar y fijando un poco tu atención, destacaba el brillo del sol reflejado en una superficie tan pulida como la de la plata. La superficie del cañón de un fusil ametrallador «AR» 15.

—¡Atrás, atrás…! ¡Es una trampa! —aullé al comprender que el millonario me había utilizado como cebo.

Pero Mary no me entendía. Seguía corriendo, a diez metros de mí, en pleno campo de tiro de Greenfield. Aunque tratase de huir, de esconderse, sería inútil. En un amplio radio, no había lugar donde guarecerse.

Para el millonario, sería tan fácil como derribar patitos en una barraca de feria.

Y así debió comprenderlo Greenfield, porque se permitió el lujo de erguirse entre las piedras.

—¡Arriba, Mary! ¡Mira arriba!

La chica se dio cuenta por fin de lo que iba a ocurrir. Frenó en seco y alzó la mirada.

—¡Al suelo! ¡Tírate al suelo! —grité, desesperado. Quizá así tendría alguna remota oportunidad.

—¡No…! ¡Oh, no! ¡Dios mío, no! —balbuceó inconexa.

Mary se había convertido en una estatua. Estaba petrificada, con los ojos y la boca muy abiertos, mucho más sorprendida que atemorizada.

Y, de mi espalda, en lugar de una exclamación de triunfo, seguida del tableteo del subfusil, llegó un grito de Greenfield. Un grito aterrorizado.

Volví la cabeza para saber qué demonios estaba ocurriendo y sentí un hormigueo de dagas heladas por todo el cuerpo.

Por detrás de las rocas, por detrás del magnate, estaba emergiendo una monstruosa, titánica cabeza. Escamas verdes, boca inmensa dibujando la línea de una sonrisa feroz, subrayada por varias hileras de dientes afilados y unos ojillos diminutos, agudos, astutos, crueles…

Greenfield, olvidándose de nosotros, saltaba entre las rocas, tropezando, resbalando en su intento de huida.

La chica reaccionó y empezó a desatarme.

—¡Mary, eso es… es…! —no me atrevía a pronunciar la palabra. Resultaba demasiado absurdo—. ¡Es un dinosaurio!

—¡Un Tyrannosaurio Rex, Indy! ¡Una bestia carnívora y depredadora! —Las cuerdas empezaron a ceder.

—Pero, eso es un animal prehistórico… —protesté—. ¡Un animal extinguido hace miles de años!

—¡Millones, Indy! ¡Doscientos millones antes de Cristo, Era Mesozoica, Período Cretáceo…! ¡Y ahora, corre…! ¡Correeeee!

Pero me sentía incapaz de moverme. Por el desconcierto y por la falta de riego sanguíneo en mis pies, mientras había estado atado. El primer paso fue una agonía. No di el segundo. Besé el suelo espectacularmente y me pareció demasiado real, demasiado familiar para compaginarlo con la bestia que teníamos detrás.

Al fin, reaccioné.

¡Claro, el Parque de Atracciones! ¡Aquello no era más que una de las creaciones —posiblemente robóticas— de Greenfield! ¡Una montaña de acero, plástico, cables y conexiones! ¡Algo demasiado grande para que una simple bala del «AR» 15 lo dejase fuera de combate!

Sería un milagro acertar el cable preciso, la conexión adecuada, el «chip» exacto. No teníamos otro remedio que escapar de aquella increíble máquina.

¿O no era una máquina? Al fin y al cabo, me había topado con dos mamuts prehistóricos en otra de mis aventuras. ¿Habría sido capaz Greenfield de recrear un tyranosaurio? No, era imposible. Los mamuts habían sido gestados en el vientre de unas elefantas actuales. ¿Qué clase de animal hubiera podido gestar y dar a luz un monstruo semejante?

Era una máquina.

Una máquina que había salvado sin ninguna dificultad el

obstáculo de las rocas y avanzaba hacia nosotros.

En su loca carrera, Greenfield casi nos había alcanzado. Eché a correr junto a Mary, ahora ya más calmado y repuesto, aunque con la imagen del monstruo en la retina: la altura de un edificio de planta baja y dos pisos, la longitud de media manzana de casas. Dos ridículas patitas anteriores, pequeñas y deformes. Monstruosas extremidades posteriores sobre las que se apoyaba al caminar, manteniendo la posición de un bípedo y recorriendo unos diez metros a cada paso.

La tierra temblaba y vibraba bajo nuestros pies. Si la masa del primitivo animal ya era inconcebible, su reproducción debía duplicarla por ligeros que fuesen los materiales empleados. ¿Cómo debería estar programada? ¿Para ser atraída por la estable temperatura del cuerpo humano?

Me arriesgué a echar una mirada atrás y comprobé dos cosas: una, Greenfield había optado por huir en otra dirección; dos, que la máquina seguía detrás nuestro.

Eso confirmaba, casi con toda seguridad, mi teoría de la temperatura corporal como reclamo.

Y también confirmaba que la Mary que corría a mi lado era humana y no robot. ¿O estaría equivocado en ambos supuestos?

¡Oh, al diablo con todo!

Lo único seguro era que perdíamos terreno. No tardaría mucho en alcanzarnos.

—¡Dame ese arma, Mary! —Y se la arrebaté de las manos, disparando sin dejar de correr. Acerté en el hocico del tiranosaurio, pero no disminuyó su marcha.

Le tocó el turno a ella de quitarme el arma.

—¡Hay que ajustar la frecuencia! —gritó.

Manipuló algo en la culata y disparó a su vez. En esta ocasión, el disparo hizo brotar una pequeña columna de humo en la piel sintética de la bestia. Su recubrimiento era inflamable, pero debía estar acorazado.

Corríamos por un llano escarpado. Aquí y allá, se alzaban árboles como jamás había visto antes, fieles reproducciones de las especies del pasado.

Un nuevo disparo de Mary alcanzó uno de los ojos del monstruo. Aquello debió tocar algún delicado mecanismo, porque los

movimientos de la máquina se hicieron más bruscos, incluso podría decirse que feroces. Si aquello hubiera sido un verdadero reptil prehistórico, diría que le habíamos enfurecido de dolor, que le habíamos encolerizado lo suficiente como para proseguir la caza hasta su muerte o la nuestra.

Fue entonces cuando, de repente, tras sortear un arracimado grupo de árboles, el llano por el que corríamos, *se acabó.*

Así de simple.

Nos encontrábamos al borde de un gran precipicio que nos cortaba definitivamente la huida. Unos veinte metros más abajo, se veía un lago de aguas verdosas sobre las que flotaban filamentos de enormes plantas. Poco o nada podíamos adivinar sobre la profundidad de las aguas.

Retrocedimos instintivamente hasta el mismo borde del abismo al extremo de una enorme roca, suspendida sobre el vacío en un extremo y fuertemente asentada en el terreno por el otro.

—¡Tirémonos al lago, Indy! —gritó Mary, aterrada.

—¡Si tiene menos de siete metros de profundidad, estamos perdidos! ¡Demasiado arriesgado!

—Y quedarnos aquí, ¡¿acaso no lo es?!

No tenía la más mínima idea. Después de todo, estábamos en un parque de atracciones. La máquina podía estar programada para detenerse en el último segundo. Un buen susto, ¡je, je!, no debían haber sido tan imprudentes, quiero una foto de recuerdo, y todos contentos.

Pero la aventura, sin riesgo, carece de emoción. Y conociendo a Greenfield, era posible que la programación de sus bestias las llevase hasta las últimas consecuencias.

Si fuese así, ¿cómo actuaría? ¿Despedazaría a sus víctimas con sus dientes de acero, o las convertiría en pulpa bajo la inmensidad de su pezuña?

Pronto íbamos a salir de dudas. El lagarto dio un paso al frente…

Capítulo VIII

Después de todo, no pudimos averiguarlo.

En el mismo instante en que el tyranosaurio apoyó su peso sobre la roca, ésta empezó a ceder como arrancada de la tierra. Se inclinó hacia abajo y, literalmente, nos escupió a Mary y a mí.

Mientras caíamos, tuve la fugaz visión de la máquina perdiendo el equilibrio y despeñándose como nosotros, acompañada por la roca.

«¡Mierda, que no nos caiga encima!», recé mentalmente.

El choque contra las aguas heladas fue como una bofetada de gigante, seguida por una agónica inmersión. Después, de repente, cuando ya empezaba a controlar el descenso, la sensación de que algo estallaba con descomunal violencia a no mucha distancia. La onda expansiva casi borra el poco rastro de consciencia que me quedaba.

Cuando al fin logré regresar a la superficie, apenas quedaban rastros del tyranosaurio. Sólo su cola se agitaba, cada vez con menos violencia, junto al peñasco. El cuerpo del monstruo debía yacer aplastado bajo la roca.

Llegué a la orilla arrastrándome y cubierto de barro de pies a cabeza. Segundos después, Mary vino a reunirse conmigo y no pude por menos que admirar su tozudez: ni en la caída, ni en la inmersión, había perdido el cilindro-carcaj y la pistola.

Me senté sobre un tronco gigante, medio podrido por el agua. Escondí la cara entre las manos.

—No sé por qué tanto interés en esa maldita pistola. No sirve de nada contra los monstruos mecánicos de Greenfield.

Me miró extrañada.

—¿Contra los *qué*…?

—¡Contra eso! —grité, señalando la cola que asomaba de las pútridas aguas.

—Aún no has comprendido nada, ¿verdad?

—Me gustaría, pero es difícil sacar algo en claro de vuestro montón de historias…

—Está bien. Creo que, después de todo lo que has hecho, mereces un poco de confianza. Te lo contaré todo.

—Sería hora… —añadí, quejumbroso.

—Greenfield es un criminal. Un criminal condenado al exilio, pero se cometió un error y fue llevado a un momento equivocado, en un lugar equivocado. John y yo fuimos enviados para poner las cosas en orden, pero… ya sabes el resto.

—¿Qué quiere decir, poner las cosas en orden? ¿Llevarse a Greenfield a un «gulag» o algo así?

—No, no es un problema espacial —y sonrió, como el premio Nobel que intenta explicarle la teoría cuántica a un niño—. Es un problema temporal.

¡Mierda, el mismo rollo que Greenfield! ¡La locura debía ser contagiosa!

—¿Sigues sin entender, Indy…? ¡Nosotros venimos del *futuro*! ¡Greenfield debía haber sido desterrado al año 960, no al 1960!

—Y, ahora, me dirás que todo eso del aparato flotador, las esferas, las pistolas y los robots…

—Son del futuro. De *tu* futuro, Indy.

Pensé en John y Mary Smith haciéndose un lío con los cubiertos del restaurante, en Mary desparramando el contenido de una bolsita de té en la taza… ¡Cielos, habían hecho todo un montaje! ¿Qué clase de incauto se pensaba que era?

Debió leer mi incredulidad en mi rostro, porque se quitó el cilindro de la espalda y lo abrió. De él, sacó una especie de linterna común, un tubo traslúcido repleto de un líquido amarillento que bien podía ser aceite, aunque daba la impresión de tener menor densidad.

—¿Ves esto, Indy? —Lo veía. Podía ser tonto, pero no ciego—. No existe ningún plano de ningún computador. Lo que Greenfield quiere de mí, es esto… ¡una máquina del tiempo!

¡Quiere volver a su época, la mía, la nuestra! Como exiliado, con su máquina sólo puede viajar hacia atrás…

Quizá fue una descortesía, quizá los nervios no me daban más de sí, pero en aquellos momentos, todo me importó un bledo. Prorrumpí en la más estruendosa carcajada que recuerda la historia humana.

—¡Vamos, Indy! ¡Reflexiona un poco! ¡Mira a tu alrededor! —E hizo un amplio ademán, abarcando nuestro entorno—. Greenfield te dejó fuera de combate y te transportó con él al pasado, sabiendo que yo le seguiría para rescatarte… ¡esto no es ningún Parque de Atracciones, es la Prehistoria!

—Me gustaba más lo del computador —dije, aguantándome la risa a duras penas.

—¡Indiana James, enfréntate con la realidad!

—¿Y la realidad es que esa linterna es una máquina del tiempo y que estamos en el Paleolítico?

—El Mesozoico…

—¡Me da igual! ¿Es ésa la realidad o no?

—Sí…

Me crucé de brazos ostensiblemente, sin disimular mi aire burlón.

—Entonces, hazla funcionar. Ya me he cansado del Mesozoico y quiero volver a casa. De todas formas, ya tienes a Greenfield en una época donde purgar sus crímenes, sean los que sean, ¿no?

Mary frunció el ceño y calló unos segundos antes de responder.

—Está bien. Acabaremos de discutir este asunto en tu época. Una voz sonó en algún lado, no lejos de nosotros.

—¡Nada de eso! ¡Quedaos quietos o dispararé, ¿entendido…?! ¡Os estoy apuntando!

—¡Greenfield! —gritó la chica—. ¡Nos habíamos olvidado de él!

—Bueno, pues ya está aquí. Dios cría a los locos y ellos se juntan… La voz surgió de nuevo entre la espesura.

—Retroceded hacia el agua. Poco a poco —hizo una pausa. Yo miraba a mi alrededor, pero no conseguía localizarle—. ¡Mary! ¡Deja el cilindro y la pistola en el suelo…!, ¡retroceded o disparo!

Mary había palidecido. Estaba lívida.

—¡Qué imbéciles hemos sido! —repetía como una letanía—. ¡Qué imbéciles…!

La escena era desquiciada. Si Greenfield quería deshacerse de Mary, sólo tenía que disparar. ¿Por qué toda aquella pantomima?

¡El líquido! La idea cruzó por mi mente como un relámpago. Ni planos, ni máquina del tiempo, ni cuentos chinos. La lucha era por el líquido. ¿Para qué servía exactamente? Eso sólo lo sabían ambos. Y yo lo averiguaría.

Mary descolgó el cilindro de su hombro y lo dejó en el suelo junto a la pistola, tal como había ordenado el millonario.

—¡Atrás! ¡Retroceded o disparo! —urgió la voz.

—Estamos perdidos —susurró Mary—. Nos abandonará aquí para siempre…

Y a pesar de que quise burlarme, algo *en* su voz, en su rostro, en su gesto de desesperación, me hizo detenerme. Por un instante, por el primer y terrible instante, dudé. Existía una posibilidad de que Mary dijese la verdad, que todo aquel galimatías tuviese origen en los viajes por el tiempo.

Y que estábamos a punto de ser abandonados en un mundo de horror y pesadilla… Era demasiado terrorífico para tomarlo en serio.

Estábamos a cinco pasos del cilindro y retrocediendo.

Y, de repente, tuve la sensación de que algo no marchaba como debía. Seis pasos.

—Mary —pregunté— ¿conoces bien a Greenfield?

—Lo suficiente —respondió precavida.

—Le he visto enviar a gente para que cometieran un asesinato, pero… ¿crees que es capaz de matar con sus propias manos, a sangre fría?

—Iba a dispararme desde el risco, antes de que apareciese el tyranosaurio, ¿no…? Diez pasos. El agua nos llegaba ya a las rodillas.

—¡Dejaos de cháchara! ¡Vamos, más rápido! —exigió la voz incorpórea. Doce pasos.

—Es lo que pensaba —apunte yo—. Entonces, *¿por qué no nos ha disparado y apoderado del cilindro, en vez de montar este número*?

—Porque nos reserva una muerte peor —escupió la chica, mirando aterrorizada a su alrededor.

Pero no era por eso. Yo sabía el motivo. O, al menos, creía saberlo.

—¡No, porque no tiene ninguna arma! —grité, mientras echaba a correr hacia el cilindro y la pistola—. ¡Porque debe haber perdido

el fusil mientras huía de su tyranosaurio!

Y, como una confirmación de mi teoría, un Greenfield desarmado surgió de entre las matas, iniciando su propia carrera.

Llegamos al mismo tiempo. Embestimos uno contra otro, intentando apoderarnos del arma, como un par de búfalos luchando por el control de la manada.

El impacto me mandó al suelo y lo mismo ocurrió con él. Pero el millonario cayó más cerca de la pistola y se revolvió, rugiendo de satisfacción, alargando la mano. Lancé mi bota contra su muñeca. Soltó el arma, pero me sujetó el pie, retorciéndolo bestialmente.

Antes de que recordase que un ser humano tiene dos piernas y me inutilizase la segunda, empecé a machacarle la cabeza con la suela de mi bota.

Nos incorporamos al mismo tiempo, quedando frente a frente. Alguien tenía que tomar la iniciativa y caí en el error de hacerlo yo. Con una agilidad impropia de un hombre de su tamaño, se ladeó, esquivó el golpe y detuvo mi inercia hacia delante, hundiéndome su puño en el estómago. Mi nuca recibió el impacto de sus dos manos entrelazadas.

Sentí que las piernas se negaban a sostenerme y me abracé a su cuerpo como un boxeador tocado. Rodamos por el suelo. El, machacaba mis costados. Yo, intentaba defenderme a rodillazos.

—¡Ya basta! —rugió la voz de Mary. Había logrado hacerse con la pistola y nos apuntaba a los dos.

—¡Ah, no! ¡Esta pelea pienso terminarla yo! —protesté.

A duras penas pude levantarme, pero lo hice. También se levantó Greenfield. Pero, por poco tiempo, porque esta vez no fallé mi puñetazo. En plena nariz. Se dobló hacia atrás, perdiendo el equilibrio.

Pero, yo no estaba dispuesto a dejarle caer. ¡Oh, no! ¡Demasiado fácil! Le sostuve, agarrándole por la pechera de la camisa y, sin soltarle, empecé a machacar sistemáticamente su rostro, una, y otra, y otra, y otra vez…

No sé qué me pasó, pero parecí despertar cuando Mary me agitó los hombros, zarandeándome. Mis nudillos eran una masa de carne sangrante, el rostro de Greenfield… ¡Dios, nunca había visto nada semejante!

Pasé la mano por mi propia cara y la retiré cubierta de sangre.

Me sentía débil y mareado. Tenía náuseas. Las piernas empezaron a flaquearme.

—Ahora, podremos transportarle al tiempo exacto, en el lugar exacto… —susurró Mary.

—Volverá a… convertirse en un magnate… —objeté yo, tambaleándome—. Deslumbrará… a toda la Edad Media… con sus… conocimientos…

—Es la ley —oí decir a Mary muy débilmente. Parecía alejarse por segundos—. No puedo hacer nada.

Todo empezó a dar vueltas a mi alrededor y me desplomé como un saco.

—Mary… —gemí—. Ayúdame…

Desperté en una habitación de hotel, cómodamente instalado en una cama.

Por unos instantes, creí que regresaba de una larga pesadilla. Después, vi a Mary a mi lado y supe que la pesadilla, aún no había terminado. Aunque, si mirabas bien a la chica, también podía tratarse de un placentero sueño.

—Te ha visto un médico —me explicó—. No tienes nada importante. Agotamiento, pérdida de sangre. En un par de días, volverás a estar en forma.

—¿En qué año estamos? —pregunté, intentando hacer una broma inocente.

—En el tuyo —respondió Mary, mortalmente seria—. Y eso me recuerda que debo volver al mío…

¡Vaya! ¡Así que seguía con el jueguecito!

—Vamos, vamos… —exclamé— ¡basta de tornerías! Cualquiera diría que estás intentando librarte de mí.

Me besó en la frente.

—Debo irme, Indy. Te recordaré siempre. Agarrándola por la muñeca, la arrastré a la cama.

—¡Eh, Indy! Pero… pero ¿qué haces? —Y reía alocadamente—. ¡Que estás muy débil…!

Le demostré que no lo estaba tanto como para no hacer ciertas cosas. Después, me di cuenta de que sí. Y caí profundamente dormido. Cuando desperté. Mary ya no estaba.

Pasaron los días y me recuperé. Mary lo había dejado todo pagado: el hotel, las comidas, incluso los cuidados de una enfermera

bigotuda como una morsa.

Un par de semanas después, ya empezaba a dudar de mis propios recuerdos y me negaba a creer que todo aquello hubiera sucedido de verdad. Esperaba que, en el momento menos pensado, la chica volviera a aparecer por la puerta de mi habitación, riendo, soltando lo de «¡inocente, inocente!».

Pero no lo hizo.

Un día, por pura curiosidad, me fui a la Biblioteca de Historia de la Universidad de Berkeley, a enterarme que tal andaba la vida allá por los alrededores del año 1000. Consultó varios libros y me distraje leyendo historias del pasado.

Y en uno de aquellos ejemplares, encontré algo que me heló la sangre en las venas. Era un simple dibujo, un tosco grabado de época que reproducía un rostro familiar: nariz aguileña, ojos fríos, pelo gris y abundante para un hombre de edad madura…

No digo que fuera el retrato de D. H. Greenfield. Sólo afirmo que se le parecía bastante. Al pie, rezaba una inscripción:

> Dámaso Homero Campoverde, alquimista español, inventor extraordinario según cuentan los cronistas, QUEMADO EN LA HOGUERA BAJO ACUSACIÓN DE BRUJERÍA.

Esa noche me fui a un bar. Y creo que bebí un poco de más. Bueno, en realidad todo yo era una esponja.

Estaba tan pensativo, tan ensimismado, que el barman pareció compadecerse de mí.

—¿Problemas, amigo? —Y, en vista de que no contestaba, insistió—. ¿Asunto de faldas, quizá…? ¿Una chica?

—Exacto —admití—. Una chica. Y no puedo hacer nada por recuperarla.

—No diga eso, amigo… ¡siempre se puede hacer algo!

—No, esta vez no. Es mucho más joven que yo…

—¡Pero si usted es joven…! Claro que, siempre hay ciertos límites —me calibró con la mirada y decidió que aún no entraba en la categoría de «viejo verde», porque añadió—: ¿Cuántos años le lleva?

—En realidad no lo sé, pero deben ser varios miles.

Debió pensar que le estaba tomando el pelo, porque se negó a servirme más copas.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/